

# EL APRENDIZ DE ALQUIMAGO

**PACO DE PAULA  
SÁNCHEZ SAMPALO**

*EL APRENDIZ DE ALQUIMAGO*



*A Marta, artífice de todo;*

*La primavera que se llevó mis inviernos al cobijo de la  
paciencia y las sonrisas*



## ÍNDICE

1	Una noche cualquiera .....	11
2	El Hospital de los Inocentes .....	19
3	El regalo de despedida .....	25
4	Una carta misteriosa .....	33
5	La huida .....	45
6	La inquietante reunión secreta .....	55
7	Sorpresas en la pesca .....	61
8	Una extraña bienvenida .....	73
9	La noche en la que cambió el destino .....	79
10	El secreto .....	89
11	Una promesa como regalo .....	101
12	Nuevas sospechas .....	109
13	Un sueño espeluznante .....	121
14	Conocimientos prohibidos .....	133
15	Terrores y desvelos a medianoche .....	149
16	El Orfebre .....	157
17	El asesino .....	185
18	La confidencia .....	201
19	El monstruo .....	215
20	La taberna del viajero .....	227
21	La otra mitad .....	247
22	Los muertos dicen la verdad .....	263
23	El Templo de Hércules .....	283

## UNA NOCHE CUALQUIERA

El destino del mundo está en cierta medida inexorablemente ligado al de los hombres. Y viceversa. Sobre todo. Un sempiterno vínculo suspendido en un frágil equilibrio de dos entes en uno, que recorren de la mano un misterioso sendero de luz y sombra, tan bello como incierto. Un azaroso camino salpicado por un sinfín de peligrosos secretos. Y el más temible de todos ellos, se ha mantenido oculto gracias al inconmensurable esfuerzo por parte de los descendientes de una antiquísima y avanzada civilización.

Durante miles de años han luchado tenazmente por mantener estos secretos alejados del resto de seres humanos y ocultarlos en los abismos más profundos de la ignorancia colectiva. Y todo ello por una sencilla y, al mismo tiempo paradójica, compleja razón: por el bien de la propia humanidad. Ya que los cimientos en los cuales esta se sostiene podrían llegar a derrumbarse bajo los pies de la codicia del hombre si este llegara a descubrir las peligrosas ventajas que le proporcionarían dichos secretos.

Claro que en todo sendero hay grietas, y quizás alguna de ellas podría ser lo suficientemente profunda como para significar el preludio del final del camino. Del mundo. Y del hombre.

¿Quién sabe?

El mundo es como un gran panal repleto de multitud de secretos. El problema es que los seres humanos, acostumbrados a respirar esos aires de superioridad, y a vestirse con la materia-

vaho que dejaban escapar estas dos figuras con forma humana. Visiblemente exhaustas.

Caminaban demasiado deprisa. Como quienes caminan sobre las brasas de una gran hoguera y llegan tarde a una cita que les espera impaciente; creando un fugaz camino de leves pisadas a un ritmo tan acelerado que parecía que sus pies levitaban en lugar de tocar el suelo. Entre tanto zapateo y golpe de suela desgastada, se logró escuchar una tenue pero firme voz.

—No puedo dar un paso más, Carlo.

—Rosa —suspiró—, que no te pueda el cansancio. Tenemos que apresurarnos, por favor —contestó la otra voz, percatándose de que la noche se tornaba cada vez más efímera y que poca negritud quedaba ya en derredor que les sirviera de cobertura. Muy pronto los rayos del sol, incansable en sus giros, inundaría de luz de nuevo a toda la ciudad, dejando al descubierto sus pretensiones.

Sería un amanecer hermoso, no había duda. Y aunque a ambos les encantaba navegar las noches amarrado al mástil de la vigilia para contemplar los maravillosos colores del alba, deseaban con todas sus fuerzas que ese momento no llegara jamás. No ese día. No era una noche de clima afable, pero hubieran dado todo cuanto poseían para que hubiese sido eterna.

—¿De veras piensas que esta es la única manera, Carlo? Tengo rota el alma tan sólo de pensar en... —musitó Rosa, con la intención de implorar a su marido que desestimaran el plan que estaban llevando a cabo, pero Carlo no le dejó acabar la frase.

—Sabes que esta es la mejor solución; lo mejor para él, mi amor. El anonimato será su mejor defensa. Sabes qué pasaría si la Orden nos encuentra y él continúa aún con nosotros. A ellos les dará igual la edad que tenga: si es un neonato de pecho, o un

anciano que no recuerda ya ni quién es. Somos sus enemigos y para ellos los enemigos son problemas que hay que atajar rápidamente.

Rosa pareció convencerse tras las cristalinas palabras de su marido y con la cabeza cabizbaja y una voz aterciopelada, desafió al silencio de la noche. Comenzó el suave tarareo de lo que parecía una especie de canción de cuna, dejando el eco de regalo a la madrugada:

*Tierra, recoge sus pedazos,  
Que la sal del mar sacie su sed,  
Muerte perdona sus pecados,  
Que el tiempo cuidará su ser.*

Entonces, de entre los brazos de Rosa, la mujer de Carlo, se pudo apreciar el movimiento de unas pequeñas manos. Envuelto en unas mantas, un niño de tez clara y cuerpo más pequeño de lo habitual en alguien con once meses de edad. Dormía plácidamente en los brazos de su madre. La inocencia que transmitía el bebé era un bálsamo de paz que contrastaba con la angustia de sus padres.

—Qué tranquilo estás, ojalá seas siempre así de feliz, hijo mío —suplicó Rosa con ternura, mientras lo arrebujaba, como si de un ruego más que de un deseo se tratase.

Mientras miraba las rosadas mejillas del infante intentaba igualar la velocidad de los pasos de Carlo, quien caminaba cada vez más rápido y cada vez más inquieto por las callejuelas florentinas.

—¿Cómo ha podido hacernos esto, Carlo? ¿Cómo hemos podido llegar a esta situación? —prosiguió Rosa dejando entrever un tono de amargura en sus palabras—. Confiábamos en él y... —No pudo acabar la frase. La pena le embargaba a la mujer que se creyó en ese momento la más desdichada de todas.



—Lo sé, te prometo que la sangre del traidor si ha de correr, correrá —dijo Carlo, rompiendo el frágil silencio de la noche con una elevada voz, visiblemente airada—. Pero esta noche debemos de hacer lo correcto, lo más seguro para nuestro hijo, tenemos que asegurarnos de que la Orden no lo encuentre jamás.

Rosa, resignada, fijó su vista en el suelo y prosiguió construyendo una huella tras otra.

Y así, prosiguieron el camino, cubiertos por unas capas viejas y oscuras, con el fin de poder mimetizarse con el ambiente y ser lo más imperceptible posible a la vista de cualquier curioso que pudiese deambular a esas horas. Sus ropas de seda de buena calidad permanecían ocultas bajo esas espesas, negras y desvencijadas capas. A través de una apertura en el atuendo del hombre, se lograba observar una espada, que se suponía de altísima calidad dadas las características tan bellas de la dorada empuñadura.

Más tarde y casi sin querer darse cuenta, habían llegado a su destino: la Plaza della Santissima Annunziata. Carlo y Rosa frenaron en seco sus pies y se atravesaron los ojos con una mirada que revelaba tristeza, impotencia y resignación. Rabia. Una mirada que podría transmitir más que diez mil juglares y más que cien mil libros. Se adentraron en ella sin pensarlo demasiado, con la voluntad dormida, como si sus piernas hubieran cobrado vida y caminaran por sí solas. En esos momentos, las gargantas de ambos alojaban palabras, convertidas en cuchillas, el grito más sordo que ningún padre jamás se atrevió a retener. Era un deber y no querer que les atravesaba el alma.

El más absoluto silencio les cobijó: se habían topado con un edificio grande que ocupaba el ancho de toda la plaza. Era

una edificación elegante, pero sin lujos en su arquitectura. No parecía una construcción alegre sino más bien todo lo contrario; inspiraba un tono de tristeza superlativa. Las puertas principales eran enormes. Pero Carlo y Rosa no se dirigían hacia ellas. Ladearon la cabeza y escrutaron minuciosamente las sombras, como si buscaran en las inmediaciones del lugar una gota imperceptible en el mar. Pero no parecía haber nadie escondido que les pudiese delatar.

Sólo un pájaro blanco y de pico anaranjado, posado en una larga cornisa situada por encima de sus cabezas, les observaba con mágica paciencia.

Ambos se volvieron a mirar entre sí, subieron unos peldaños y se adentraron en el oscuro pórtico encauzando su inevitable destino. Caminaron hacia un extremo del edificio. Un paso tras otro, una lágrima de Rosa tras otra. Era una mujer fuerte, pero esa situación le superaba. Al final del pasillo, se dibujaba de forma cada vez más nítida, una especie de torno. Una pequeña puerta con forma de cilindro y abierta en semicírculo que rotaba sobre sí misma hacia el otro lado de la pared.

—Es el momento —susurró Carlo. Sabía que había que hacerlo cuanto antes. No debían de perder más tiempo, así que le insistió a Rosa, que parecía no querer escucharle—. Vamos, mi amor...

No pretendía ser demasiado frío y duro, y aunque sus ojos estaban a punto de llenarse también de lágrimas, debía de permanecer fuerte tanto por ella como por su hijo. Rosa parecía no inmutarse, solo miraba de hito en hito a su amodorrado bebé, que continuaba durmiendo plácidamente entre sus brazos. Intentaba guardarse en el rincón más profundo de sus recuerdos la imagen de su pequeño... Intentaba hacer eternos en su mente esos instantes.

Carlo se acercó a su hijo y besó su frente. Parecía el único en reaccionar. Después apoyó su mano en la espalda de Rosa, que seguía completamente paralizada, y la aproximó poco a poco a la pequeña puerta giratoria. Esta, con resignación y suma delicadeza, colocó al pequeño en el torno y le escondió un objeto entre sus pañales. Mientras, su marido, con los ojos cerrados, movía y cerraba los labios como si recitara alguna especie de oración que no dejaba opción a escucha.

Era el momento. Rosa no quería siquiera mirar. Carlo giró el torno y el niño desapareció ante sus ojos para aparecer al otro lado de aquel muro compuesto de lamentos y piedras. Seguidamente hizo sonar la campanilla de avisos que se situaba al lado del cilindro. Ya no había vuelta atrás. Siendo tan ricos habían renunciado a lo máspreciado que tenían.

En completa y absoluta soledad apareció al otro lado el pequeño y, debido al súbito giro del torno y al repentino tintineo de la campana, se despertó bruscamente y comenzó a llorar amargamente al no ver rostro alguno. Ni conocido, ni desconocido. Su madre al oírlo, comenzó a desprender al instante un llanto desconsolado que ni siquiera los esfuerzos de su esposo pudo apaciguar. La articulación de palabras en ese momento fue una tarea imposible para Carlo. Solamente fue capaz de abrazar a Rosa y, como pudo –casi en volandas– sacarla de aquel lugar. Ambos se fundieron de nuevo en las escasas sombras que como un piadoso favor les regalaba de propina la noche.



## EL HOSPITAL DE LOS INOCENTES

Doña Madonna era la señora que debía estar de guardia de la pequeña puerta giratoria aquella noche. Una mujer de unos cuarenta años de edad y de orígenes humildes: provenía de familia campesina. Desprendía un carácter apacigüe y tierno, a pesar de haber llevado una vida difícil y atormentada. Entre otras cosas no llegó a conocer a su madre, ya que murió en el parto que le dio a luz. Su padre, Rodrigo Ponte, era el dueño de una antigua taberna a las afueras de Florencia, y en cuanto su hija tuvo la edad y hormonas mínimas para ello, le concertó matrimonio con un joven oficial que trabajaba en el rico gremio de la seda: un tal Marco.

Por suerte –prácticamente la única vez que la tuvo en su vida– no fue el usual matrimonio concertado, pues el amor acudió rápidamente a la pareja. A partir de entonces se produjo la etapa más feliz de su vida. Aunque una parte de ella se sentía incompleta debido a que no lograron crear descendencia; asunto por el que se castigó de manera eterna e interna para el resto de su vida.

Todo parecía irles bien hasta que cierto día, hacía aproximadamente tres años y medio, estando Marco trabajando en la casa-taller de su maestro fueron asaltados por unos violentos maleantes, que pretendían robar las valiosas sedas para revenderlas posteriormente. Marco sufrió una gran y profunda herida al enfrentarse a ellos. Gracias a este valiente acto del marido de doña Madonna los ladrones no consiguieron su objetivo y

salieron huyendo, aunque la gran heroicidad de Marco supuso un fatal desenlace para él. La herida se infectó y luego se extendió por todo el cuerpo. Al poco tiempo, falleció.

A partir de entonces, abatida, consternada y consumida por la soledad, sin hijos a los que amamantar y con los que apaciguar su pena, doña Madonna entró a trabajar como nodriza en un centro de niños abandonados. Una especie de orfanato. Todo esto fue posible gracias a la influencia del maestro de su marido, puesto que el poderosamente económico gremio de la seda se encargó de la construcción, y posterior dirección, de tal centro al haberse embarcado en tan grande y caro proyecto caritativo.

No sabría decirse si doña Madonna era realmente feliz en aquel lugar, pero al menos, lograba aliviar por algunos momentos su tortuoso pasado, rodeada de sus niños. Le encantaba cuidar de ellos, educarlos. Quizás fuera porque jamás pudo engendrar a ninguno en su propio vientre. ¿Quién sabe? Fuera como fuese, era otra crudeza más del destino.

Su función en las noches de fría guardia era básicamente permanecer despierta en un duro e incómodo asiento de madera a unos metros del torno y esperar a que este fuera girado. Pero esa noche debió pensar que no pasaría nada si daba una cabezadita.

Aproximadamente dos horas de sueño cargaba ya entre sus párpados cuando el sonido de un tintineo unido a un súbito y espantoso llanto –como venía siendo habitual– puso fin al que parecía un inquebrantable descanso.

Se despegó de un brinco de la silla, confundida y sorprendida por aquel berrinche y marchó rápidamente como niña que acude veloz a contemplar un nuevo regalo. Cuando estuvo lo

bastante cerca abrió bien los ojos, se los frotó y observó a un bebé aún de teta.

Lo cogió cuidadosamente y lo acercó de forma instintiva a su pecho para intentar calmarlo. En esta posición se mantuvo durante algunos minutos hasta que pareció que por fin el bebé había dejado de llorar. Se lo separó un poco del cuerpo y contempló algunas lágrimas todavía resbalando por sus rosadas mejillas. Se las enjugó y se dispuso a examinarlo concienzudamente.

Observó unos ojos enrojecidos por el disgusto, pero con un azul marino coloreando sus pupilas. Entonces algo sacudió sus recuerdos. Y seguidamente sintió un calambre que le recorrió el alma. Su marido Marco también tenía los ojos de aquel intenso color. Bajó y volvió a subir las pestañas lentamente. Se ahogó irremediabilmente unos instantes en ellos. En la memoria de su esposo.

Dejó pasar unos segundos antes de proseguir con su ruta para poder sacarse del pensamiento las evocaciones de su Marco. Luego observó que ya le habían crecido algunos dientes a la critura que sostenía en brazos, pero que su cuerpo de recién nacido era demasiado pequeño como para que le hubieran crecido tantos y tan pronto. En su mente rondaban dos opciones; o tenía la edad que representaba su pequeño cuerpo y los había desarrollado extrañamente demasiado rápido, o tenía edad para desarrollar los dientes y, sin embargo, un cuerpo pequeño. Decantándose y acertando se guió por la segunda opción.

—Seguro que tienes casi un añito ya —dedujo la señora.

Doña Madonna era una mujer smuy observadora ya en su vida cotidiana, faceta que desarrolló irremisiblemente cuando ocupó ese puesto en el orfanato.

Sin soltarlo aún y palpando con una sola mano –pues la otra la tenía ocupada sujetándolo contra su cuerpo– rebuscó por las ropas y pañales del crío, esperando encontrar algo, lo que sea: un nombre o un apellido. Pero no encontró nada. Estaba acostumbrada a recoger entre sus brazos a bebés sin saber absolutamente nada de sus procedencias, sus ascendencias, sus nombres o apellidos.

La puerta giratoria por la que había aparecido ese pequeño niño se construyó para que los padres poco agraciados económicamente o bien por razones morales –de vástagos nacidos fuera del matrimonio– o por el motivo cual fuere, pudieran dejar a sus hijos sin acusaciones, sin preguntas, sin cruzarse siquiera la mirada con las personas que recogieran a los niños al otro lado de la pared. Estaba acostumbrada a que sucediera de esa forma y, por supuesto, siempre a esas intempestivas horas de la madrugada, ya que los padres por vergüenza evitaban ser vistos por sus vecinos.

Doña Madonna, con sus ojos abiertos de par en par, sospechaba que el motivo podría no ser el económico, pues el crío estaba cubierto por un manto de seda que, precisamente, no estaba al alcance del pueblo llano.

Existía una regla básica en aquel lugar; la rotunda prohibición de preguntas por y para nadie. Ni siquiera preguntas formuladas por ella para sí misma. Sin embargo era algo que no podía evitar; venía en su forma de ser: buscar una razón lógica que diera explicación a cometer tal horrible acto. Pese a ello, se obligó a seguir las normas y no le quiso dar más importancia, por lo que siguió con su exploración.

De pronto, sin esperárselo, un objeto pequeño junto a un papel plegado varias veces sobre sí mismo cayó al suelo. Era sin duda el tesoro que se escondía entre aquellas sedas. Se agachó y tomó ese objeto con la mano que le quedaba libre, y se lo acercó



un poco al rostro para poder fijar la vista y verlo mejor. Al principio, creyó que se trataba de una moneda, aunque pronto desestimó dicha posibilidad, ya que era algo más grande que una moneda al uso, por lo que acto seguido dispuso con total seguridad que se trataba de una especie de medalla antigua, aunque rota por la mitad. Forjada a partir de un metal de color dorado como el oro. Si era de dicho metal, la familia definitivamente no debería de estar pasando calamidades económicas. En la cara que estaba esculpida, se observaba con detalle una serpiente mordiendo; o bien la cola de otra serpiente o bien a sí misma –faltaba la otra mitad, clave para poder cerciorarse con seguridad–, y una inscripción que, aunque en relieve, estaba algo deteriorada. Sin embargo, si se esforzaba podía llegar a leer, no sin cierta dificultad, lo que había escrito.

—*Terrae Plus ultra* —leyó en voz alta doña Madonna.

Había escuchado alguna vez una frase parecida en boca de cuentos de su propio abuelo materno, pero con la palabra “*Non*” delante, por lo que supuso que se encontraría en la mitad que faltaba de la medalla. “*Non Terrae Plus Ultra*” tiene su origen en antiguas historias y mitos griegos; los cuales advertían a navegantes de que más allá de las columnas de Hércules –al sur del Reino de Castilla– no había más tierra firme, y que a partir de allí todo era mar y, por último, el fin del mundo.

Guardó la medalla y el trozo de papel. Luego se quedó un rato meditando. Abría y cerraba los labios como mascullando y agrupando palabras para un tipo de discurso. Los primeros rayos de sol comenzaban a golpear su frente cuando por fin, pareció despertarse de aquel consciente letargo.

Cogió al pequeño niño ya con las dos manos, lo elevó hasta la altura de su cabeza hasta que la luz del sol lo bañó por completo, y mirándolo fijamente a los ojos le dijo:

—Mi pequeño, tú serás a partir de ahora y por siempre hasta la eternidad, Marco Piccoli. Bienvenido al Hospital de los Inocentes.

### 3

#### EL REGALO DE DESPEDIDA

Dormitaba plácidamente en su nuevo lecho cuando el sonido del canto de un gallo saludando al sol lo expulsó de su apacible sueño.

—¡Maldito pajarraco! —susurró Marco entre dientes. Dejó pasar unos segundos mientras permanecía recostado, todavía afectado por su reciente estado onírico, hasta que recordó de forma súbita que debía bajar al trabajo en el taller inmediatamente. No quería que su maestro se enojase con él por llegar tarde. Otra vez. Así que de un brinco se deshizo del camastro, se enfundó sus ropas, y se acercó a una mesa situada a la izquierda de su lecho. Aún somnoliento, cogió por el asa un aguamanil, vertió un poco de agua en un recipiente, y se lavó rápidamente las manos y la cara. Se colgó en el cuello una especie de objeto dorado y roto: su más preciada posesión, y salió de la habitación en un suspiro.

Habían pasado ya dieciséis años desde que doña Madonna encontró, apostillado en el interior del torno giratorio, a un pequeño infante llorón de ojos azules y abandonado por sus padres en el Hospital de los Inocentes.

Al haber sido ella quien lo recogió, era la encargada y la responsable de su educación. Era su tutora, y él su alumno. Aunque también se podría decir con total certeza que ambos sentían hacia el otro un vínculo mucho más fuerte que ese. En

lo que el chico se había convertido era únicamente gracias al tesón de ella. Por tanto, razón por la cual Marco Piccoli sea precisamente quien es: Marco Piccoli.

El muchacho ya había oído por propia boca de su cuidadora el motivo por el que le adjudicó tal nombre y apellido. Conocía que sus ojos azules le recordaban a los ojos de su esposo fallecido y que esa casualidad, fue inspiración suficiente para decidir bautizarle con el nombre que mejores recuerdos le traía: Marco. Y respecto al apellido; Piccoli; lo cierto es que se lo imaginaba desde que tenía uso de razón, pero aun así, doña Madonna se lo confirmó. Se debía a su pequeña estatura cuando era bebé. Algo que no había cambiado demasiado, puesto que para tener diecisiete años, aún seguía sintiéndose en comparación con los demás algo más pequeño de estatura, que es lo que significa precisamente la palabra Piccoli.

En contraste con su aparente fragilidad –al ser tan menudo–, Marco gozaba de una extraordinaria salud, no recordaba haber estado nunca enfermo, ni siquiera un simple resfriado, algo que difería a su vez con la salud de algunos de sus compañeros, quienes teniendo un cuerpo más poderoso eran presa fácil para multitud de enfermedades.

A pesar de ser un joven huérfano, se consideraba un chico dichoso y afortunado porque lo hubiera recogido e identificado aquella noche doña Madonna. Era conocida y considerable la escasa delicadeza de otras nodrizas en la noche de su encuentro con muchos de sus compañeros y amigos inocentes –así se llamaban entre ellos los niños abandonados del Hospital de los Inocentes– respecto a los nombres o apellidos que éstas elegían. Sin ir más lejos, sus mejores amigos inocentes respondían a apellidos tales como Brutti, Grassi, Malfatti, y Minoratti que significaban feo, gordo, mal hecho y retrasado. Esta forma de

proceder repugnaba a doña Madonna, a Marco, y seguramente al resto de inocentes de nombres tan desafortunados.

A pesar de ello, tal y como alguna de las tutoras les repetía a veces; todos los inocentes debían de sentirse doblemente afortunados pues, a pesar de que habían sido abandonados por sus propios padres, les habían proporcionado nombre, casa, comida y un posterior oficio para los varones, y matrimonio o convento para las féminas. Cruel. Pero no era más que la realidad. Por ello Marco pretendía aprovechar las pocas oportunidades que se le presentaran.

La verdad es que el muchacho había visto pasar cuidadoras o tutoras de muy distintas condiciones por aquel sitio: las había visto malas, muy malas, y otras peores. Pero doña Madonna era diferente; una mujer muy tierna, atenta, paciente y no demasiado estricta. Se portaba extraordinariamente bien con los niños que se encontraban a su cargo. Para Marco era lo más parecido a una madre que pudo encontrar en aquel lugar.

Cuando llegó la hora de crecer, madurar, y abandonar el centro, como despedida, Marco –a quien le aficionaba el arte en general, y el dibujo y la pintura en particular– le regaló el boceto de un paisaje que un día de verano dibujó en un viejo papiro, mientras observaba el atardecer sobre el río Arno.

Fue su primer dibujo y ella la primera persona a la que se lo mostró. Tanto le gustó a ella que lo animaba continuamente para que siguiera con tal afición. Sin embargo, doña Madonna, de conservadores pensamientos, creía que tal talento no era motivo de oficio, beneficio ni de futuro de bien. Al fin y al cabo pensaba que sólo se trataba de eso: de una afición. Durante años, aconsejó a Marco para que se dedicara a un trabajo “de verdad”. Así que el muchacho comenzó a fijarse en otros oficios: como los oficiales, nobles y guerreros que veía en sus quehace-

res diarios. Estos eran los que realmente le apasionaban. Aparte de estos, pocos más le llamaban tanto la atención.

Así fue hasta que una tarde, sentado en un banco de piedra en una calle cercana a la Plaza del Duomo, se sorprendió a sí mismo cómo se quedaba embelesado por la belleza de las empuñaduras de las armas y el reluciente metal de las armaduras que portaban unos caballeros. Fabricar con tanta maestría aquellos artefactos sólo podría ser posible practicando alguna especie de magia, pensaba. Sin duda podría tratarse de otra forma de hacer arte.

Por lo que finalmente decidió que no le importaría trabajar en un oficio que se dedicase a la realización de esos artilugios tan bellos y poderosos.

«¿Cómo se logrará dar esa forma tan exquisita a tan brutos metales?» se preguntaba Marco. Efectivamente, podría ser otra forma de desarrollar su talento. Aunque también era cierto, que aparte de gustarle, le movía el deseo de obtener la aprobación de su mentora. No podía defraudar a la única persona que se había preocupado por él en la vida. Cuando lo tuvo del todo claro enseguida se lo comunicó y ésta, satisfecha, dio el visto bueno al muchacho, comenzando además la tarea de buscarle lo más pronto posible nuevo hogar y taller.

Doña Madonna se puso en contacto con muchos maestros herreros, que se negaron a tener como aprendiz a un joven huérfano entre su equipo de trabajadores y menos aún dentro de su propia casa. Por lo que la mujer tardó un tiempo considerable en buscarle un maestro al muchacho. Incluso llegó a pensar en la imposibilidad de dicha tarea, hasta que por fin, tras hablar con las personas adecuadas, se encontró con el sí del maestro don Giovanni Branni.